

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO



DISCURSO

LEÍDO POR EL
ILUSTRÍSIMO SR. D. CECILIO PLÁ
EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y CONTESTACIÓN DEL
EXCELENTÍSIMO SR. D. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

EL DÍA 23 DE MARZO DE 1924



M A D R I D
MATEU ARTES GRÁFICAS (S. A.)
PASEO DEL PRADO, 34

ENCUENTROS
CON LA ARTE
DE LA ACADÉMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando

DISCURSOS

leídos ante la

Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

ILMO. SR. D. CECILIO PLÁ

el día 23 de Marzo de 1924



MADRID, 1924

DISCURSO
DEL
ILMO. SR. D. CECILIO PLÁ

SEÑORES ACADEMICOS:

SI el reconocimiento de mi incompetencia literaria me obligó a evitar el peligro de un discurso, no quedaría tranquilo mi espíritu, si no os diera públicamente las gracias en este momento supremo de mi vida.

Confieso mi honda emoción al verme tan benévolamente admitido en el seno de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en esta tan insigne Corporación española en la que tanto ilustre maestro ocupó y ocupa lugar honroso para las Artes.

Tiembla en mi voz esa emoción intensa, al pensar que con mi humilde nombre y mi modesta obra voy a ocupar el lugar del llorado e ilustre maestro valenciano Salvador Martínez Cubells, de quien todos sabéis el número y calidad de obras que produjo, enriqueciendo con ellas la gloriosa pintura española.

Fué su labor creadora importantísima; obtuvo justos y resonantes triunfos, exaltando con originales asuntos las grandezas patrias de nuestra Historia. En su obra, tan con-

cienzuda como bella, recordemos *Doña Inés de Castro*, *La educación del Príncipe Don Juan*, *Guzmán el Bueno* y muchas más, premiadas con altas recompensas en Exposiciones nacionales e internacionales.

Destacóse también en el difícil arte del retrato, realizando verdaderas obras maestras del género

Justamente aclamado y reconocido como maestro, saboreó el legítimo goce de toda suerte de honores, tanto por los lienzos de historia, como por las hábiles y expertas restauraciones hechas con el mismo amor que aquéllos.

Pues no contento con dar al arte tales valiosas pruebas de su talento creador, quiso salvar del destrozo del tiempo las obras pintadas por los grandes artistas de épocas pasadas, dedicando también todo su talento al cultivo del difícil arte de la restauración, que dominó de modo superior. Bastará evocar el portentoso trabajo que llevó a efecto al restaurar el *San Antonio*, de Murillo, cuadro-joya de la pintura española, que existe en la Catedral de Sevilla. El mundo artístico celebró el triunfo conseguido por Salvador Martínez Cubells, el cual evitó con ello la pérdida de una de las maravillas del Arte.

Ocupó altos cargos oficiales, entre ellos el de la enseñanza en las Escuelas de Artes y Oficios, y entre sus discípulos particulares figura hoy su ilustre hijo, D. Enrique Martínez Ruiz, digno mantenedor de la gloria de su insigne padre...

Otra gran figura valenciana había de ser elegida para ocupar el puesto vacante de Salvador Martínez Cubells. Otro gran dolor, igualmente, había de conmover al Arte con la pérdida de un maestro, ante cuya obra los adjetivos son insuficientes.

La muerte de Joaquín Sorolla llenó de luto el Arte, no sólo nacional, sino mundial.

Académico electo de este insigne organismo, de este supremo tribunal de las Bellas Artes españolas, no pudo recibir la medalla honrada por su antecesor Martínez Cubells y que él había de seguir honrando. Entregado ya su cuadro y su discurso, alborozada la Academia por la promesa de recibirle en su seno, una enfermedad mortal nos arrebató del mundo a tan extraordinario artista; al coloso de la paleta, que continuó enriqueciendo de magnífica manera la historia de los grandes y gloriosos pintores que enaltecen la región valenciana.

Una sensación de profundísima pena, de fatalidad incomprendible, nos conmovió a todos los que consagramos nuestra vida al Arte, cuando vimos que el genio de la pintura contemporánea, el que tanta vida inmortal diera a sus obras, rendía, ¡también éll!, su tributo a la muerte implacable. No os extrañéis que vacile y se aturda más aún mi pensamiento y mi palabra, pues a la amargura del español se unió para mí, en este caso, la melancolía íntima. Fuí su amigo, su condiscípulo, su paisano; le admiraba y le admiré siempre lleno de asombro, ante su inmenso poder pictórico, ante su mágica y arrebatadora factura, guiada por una retina maravillosa que le permitió ser formidable colorista. Con su poder soberano trasladaba al lienzo la luz deslumbradora para los demás, elocuente para él, de nuestro sol, palpitante de vida y movimiento.

Pero Joaquín Sorolla no fué tan sólo un gran pintor que dominara la paleta prodigiosamente; fué también un artista de gran corazón, que supo expresar las tristezas humanas de modo sensible y sublime. Bien lo dicen sus cuadros *Triste*

herencia, Trata de blancas y Otra Margarita. ¡Obra inmensa, perdurable y eterna, cuyas huellas no se borrarán nunca en la pintura de hoy y de mañana!

Ya que de Valencia y de pintores valencianos hablo, voy a dedicar a otro insigne pintor, levantino, como Sorolla y Cubells, al glorioso Emilio Sala, un sentido recuerdo de profunda gratitud, de admiración intensa, de cariño y respeto. Bien conocida es la importante y valiosa influencia de su labor y lo extenso de su renombre en el Arte español; pero los que fuimos sus discípulos, sabemos que su vida de artista, llena de triunfos de todo género, fué ruda; que estudiaba sin descanso, que después de vencer un efecto de luz, de color o de forma, buscaba otro para luchar de nuevo. Y, sin embargo, de su gran ciencia pictórica, de su obra total, él fué el único que no quiso sacar partido.

Emilio Sala, el gran Emilio Sala, fué mi adorado maestro, al que debo lo que soy. Su obra será consultada siempre por la juventud artística de todos los tiempos.

Su memoria irá grabada en mi corazón mientras viva.

Es de notar la circunstancia de que los tres grandes pintores que acabo de citar nacieron en el reino de Valencia, cuna de tantos artistas. Perdonad que el más humilde de todos, pero lleno del mayor entusiasmo, dirija con toda el alma un saludo a mi amada patria chica, a la gloriosa Valencia y a todos los artistas valencianos.

Ahora permitidme que, contando con vuestra atención, dirija breves palabras a la juventud que empieza a estudiar el Arte de la pintura; la que con verdadera fe, muchas veces en reñida oposición, sin elementos, dispuestos a toda clase de sacrificios y con el mayor entusiasmo, llega hasta el martirio por alcanzar la cúspide del Arte.

Sigamos alentando cada vez con más entusiasmo a la juventud que pone toda su alma en el estudio, para que pueda lograr con su constancia los mayores éxitos. Pero será necesario llevarla al convencimiento absoluto de que debe poner toda su voluntad en seguir un riguroso plan de estudio, ordenado y constante, hasta lograr la base necesaria para poder llegar pronto y bien al fin deseado. No basta la aptitud y la facilidad; es preciso que éstas vayan acompañadas de la voluntad y de la constancia indispensables, y todo ello estar sometido a la más rigurosa disciplina estética.

Para ser independiente en Arte, moderno y hasta revolucionario, hay que poseer una base sólida que lo permita, fundada en la sinceridad pictórica, sin la menor sospecha de imitación a otros artistas, por grandes que sean.

Luego de contemplar la Naturaleza a través del temperamento y de interpretarla con plena honradez, podrá y deberá entonces consultarse todo lo que se haya producido en Arte, desde lo primitivo hasta los más nobles atrevimientos modernos, pudiendo asimilarse aquellas influencias que la propia sensibilidad admita y que a ella convenga.

El Greco adquirió su extraordinaria personalidad después de haber conseguido una gran base en la enseñanza de sus maestros venecianos.

Su inquieto temperamento encontró en España otras notas de color, otras costumbres, y en las tablas de los primitivos pintores castellanos y catalanes, el alma y el espíritu que buscaba y sentía.

Todos sabemos que el pintor español más universal, el gran Velázquez, adquirió su acertada y sólida base en la enseñanza del maestro de maestros: *Pacheco*.

Todos sabemos también que el Greco, pintor avanzadí-

simo, tan discutido, influyó de modo indudable en la completa formación de Velázquez.

El gran revolucionario, el gran Goya, estudió como un clásico.

Juventud artística: el estudio constante os dará la base, y esta sólida base os abrirá el camino de la personalidad y de la originalidad, para ser, ante todo y sobre todo, un pintor español.

Señores académicos: toda mi gratitud, toda mi alma, para la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

SEÑORES ACADÉMICOS :

LEGA hoy a ocupar bien conquistado sitio en esta Real Academia el ilustre pintor D. Cecilio Plá; y al llevar vuestra voz para darle cordial bienvenida en cumplimiento del honroso cometido que benévolamente me habéis confiado, el nombre del nuevo académico evoca en mi memoria una gloriosa fase de nuestra pintura contemporánea, en la que brilla con el mágico atractivo del color la escuela valenciana, de la que él es digno representante y lo fueron excelentes los dos artistas que le precedieron en ese sitio: D. Salvador Martínez Cubells y D. Joaquín Sorolla. Muy sentida fué la pérdida de Martínez Cubells, académico bien estimado por todos nosotros y cuya actuación inteligente se hizo notar en la Sección de Pintura. Sucedióle por nuestros sufragios, en forma que bien puede llamarse entusiástica aclamación, el prodigioso Sorolla, a quien enfermedad, por cierto bien traidora, pues le arrebató del mundo en plena gloria, impidió llegara a sentarse entre nosotros.

De otro insigne pintor valenciano ha hecho mérito en su

discurso el Sr. Plá, de su venerado maestro Emilio Sala, del cual debo yo también hacer aquí memoria, porque igualmente nos le arrebató la muerte cuando iba a ser elegido académico, honor que en la conciencia de todos era debido a tan singular artista, el cual, cuando se escriba la historia de la Escuela valenciana, acaso sea considerado como el precursor de Sorolla.

Discípulo predilecto de Sala fué Cecilio Plá, el cual supo bien pronto ganar su personalidad, llevado de la propia intuición para expresar espontánea y sinceramente lo que ve y lo que piensa.

Las vidas de los artistas se hallan tan íntimamente unidas al historial de su producción, que conocerla en aquellos detalles vulgares, al parecer, que aparecen como sucesos fortuitos o casuales, porque la vida siempre es un misterio, ofrecen interés para conocer al hombre, al propio tiempo que la característica de su labor. Más de una vez un suceso inesperado ha decidido de la vida y de la suerte de una persona. Ejemplo de ello es D. Cecilio Plá.

¿Cómo acertó con su vocación? ¿Cómo se hizo pintor? ¿Cómo conquistó fama y posición? Me habrá él de permitir y me habréis de permitir vosotros que, valiéndome de las noticias que publicó un papel, ya viejo y olvidado, refiera el caso.

Y el caso fué que la afición sentida por Plá en su niñez no fué a la pintura, sino a la música. A ello le inclinaron no solamente un sentimiento natural o simpatía instintiva, sino el ambiente de su casa: el padre era músico; la música era el arte de la familia. Por un fenómeno natural también, no consiguió que el padre le aleccionase; pero acudió para ello a la clase de solfeo de la Escuela de artesanos, de Va-

lencia, donde mostró buena aptitud y tan fogoso entusiasmo, que al cantar una nota, seguidamente inventaba la segunda; y soñaba con llegar a compositor. Quiso el maestro formar con sus alumnos una banda, como medio de adiestrarlos en el manejo de los instrumentos; lo que si les tocaba servir al Rey, y la quinta estaba próxima, les permitiría ingresar en la música de los regimientos. Al distribuir los instrumentos, el maestro dióle a Plá uno que no le gustó: el bombardino. Lo tomó como una ofensa inferida a quien, como él, soñaba con llegar a componer óperas. Se enfadó. Un hombre tan bueno, que creo no se ha enfadado más en su vida, se enfadó entonces de tal modo, que no quiso volver a la clase de música. Y a ese enfado debe ser pintor. Porque despechado y sin ilusión, él, que de muchacho no había pintado monos, se entró en la clase de dibujo, vió lo que allí se hacía, simpatizó con ello, dióse a cultivarlo y se perfeccionó después en la Academia de San Carlos.

Mas apenas sentido y saboreado el contento íntimo, de quien comprende que ha acertado con su verdadera vocación, un deseo, el primero y noble anhelo ambicioso, empezó a inquietarle. Soñaba con Madrid, que era el horizonte, era el palenque, era, acaso, la gloria. Como sucede, también con harta frecuencia, de la fe que en sí mismo tenía el artista novel, menor de ocho hermanos, no participaba su familia, en la que no sobraban recursos para fiarlos al azar de un sueño. ¿Qué hacer? La astucia, aguzada por aquel deseo, que llegó a ser obsesión y desaforado empeño, superior a la voluntad, le sugirió el modo de urdir y poner en práctica una traza que le facilitó el logro de su deseo y que tuvo su concomitancia, porque en lo humano se repiten los casos, con aquella escapatoria o primera salida del famoso caballero an-

dante en busca de aventuras, que desventuradas habían de ser en la trabajosa y difícil lucha que el soñador se había impuesto. ¡En Madrid, desconocido, sin recursos...! Plá debe recordar como sus tiempos heroicos, ¡su odisea!, aquellos primeros años de Madrid en que pintó hasta en la calle y en que malbarataba sus obras, asistía a la Sociedad de acuarelista y soñaba... soñaba siempre, que es lo que le había de salvar.

La ocasión llegó con la Exposición Nacional de 1884. Plá presentó su cuadro *El Dante* y fué premiado con tercera medalla. Este primer triunfo fué la sanción oficial del positivo mérito de una firma nueva—*Cecilio Plá*—; la consagración del pintor, que recibió el espaldarazo en los brazos de su padre cuando le estrechó emocionado; el comienzo cierto de la realización de aquel sueño que arrancó del hogar al iluso muchacho.

Aún aseguró su naciente nombre con un cuadro de más empeño: *El entierro de Santa Leocadia*, que le valió otra tercera medalla en la Exposición Nacional de 1887, y que hoy se admira en el Museo de Valencia. Después... ganó en los certámenes oficiales, como en varios regionales y en París, en 1900, nuevas medallas y, al fin, la codiciada primera medalla, bien conquistada con el cuadro *Dos generaciones*, en la Exposición Nacional de ese mismo año.

El éxito creciente del artista, que con ello va ganando honores y nombradía, señala una serie de efemérides personales, entre las cuales hay una que por todas vale y lo resume todo, y ella es la del nombramiento de profesor de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, para desempeñar, en sustitución del gran Emilio Sala, su adorado maestro, la enseñanza de *Estética del color y procedimientos pictóricos*.

Seguramente la más íntima satisfacción de D. Cecilio Plá en esos avances y grados y sanciones de la carrera es el haberlo conseguido a impulso de una corriente de simpatía despertada por él mismo con su arte, que desde un principio se manifestó como una afirmación optimista, sana, risueña, brillante, con todas las condiciones, en fin, para alcanzar lo que pocos alcanzan, y él ha logrado sin proponérselo artísticamente: la popularidad.

Débela, sin duda, a los cuadros con que concurrió y triunfó en los certámenes y a las ilustraciones publicadas en revistas como *Blanco y Negro* y *La Esfera*, con todo lo cual cautivó la atención del público, atraído por aquellas cualidades de la pintura y también por los asuntos

Plá llegó al palenque artístico cuando declinaba la corriente del gusto que durante no pocos años había dado la primacía en las Exposiciones oficiales al género histórico, el cual no era otra cosa que una consecuencia de la arrolladora corriente romántica, que enseñoreada de la pintura produjo no pocas grandes composiciones, páginas memorables de la historia patria, que si en verdad son algunas obras divinas de nuestra pintura, en otros casos dejan traslucir la satisfacción con que el pintor hubiese preferido dejar libres a sus pinceles, para convertir el asunto en esencialmente pictórico.

En vano los cultivadores de la pintura de costumbres, trillando el camino en que abrieron hondos surcos Goya y Fortuny, se afanaban en hacer llamamientos al realismo. La lucha fué larga; pero el término de ella fué, como era natural, que el gusto público cambió, seducido por las composiciones no adivinadas en lo pasado, sino vistas en la realidad, y lo que valía más, empezó a estimar las obras de arte no tanto

por lo que representan, sino por el mérito de su ejecución. Con ello la pintura entró por un sano camino de sinceridad y de independencia, logrando con ellas lo que antes no soñaba: ganar los primeros premios con cuadros de costumbres o con motivos sueltos tomados de la realidad; no importaba el asunto, lo que importaba era la pintura.

En buen hora llegó Plá para presenciar ese movimiento revolucionario en que él mismo fué actor y propulsor. Sus dos primeros cuadros premiados, *El Dante* y el *Entierro de Santa Leocadia*, presentado en 1887, pertenecen todavía por sus asuntos retrospectivos al gusto antiguo; pero poco después, en 1895, rompe con la tradición y señala su rumbo opuesto con el hermoso cuadro *Lazo de unión*, que es una de las obras más sólidas de nuestra pintura contemporánea, y proporcionó al autor un éxito definitivo, porque reveló mejor que los lienzos anteriores su personalidad.

Aquel delicioso contraluz, en el que resalta con intensa nota de color la nube de tempestad conyugal que viene a disipar la linda niña atrayendo amorosa al padre, mudo y perplejo, es una escena de la vida, vista y sentida en la realidad; es la expresión de un pensamiento dramático y la pintura de la verdad, con el delicado acento luminoso que acertó a darle el colorista valenciano. Pensamiento, forma y color son allí una misma cosa; la obra es completa.

Toda la producción de Cecilio Plá ha sido desde entonces realista. En la vida corriente ha buscado sus asuntos, preocupándose con buen sentido de la idea que deben expresar. Alguna vez acudió a la alegoría para tratar, con cierta elevación, sutil motivo, como *Amor vencido*, que fué premiado con segunda medalla en 1899; pero, en general, su copiosa producción, casi puede decirse que la totalidad

de ella es fiel expresión de los motivos que la vida ha ido ofreciendo a su pensamiento y a su exquisita sensibilidad de pintor. *Pleamar, Las gaviotas, Flor entre flores, Un dúo*; cuadros de género como *Arrepentida* y *Carmen*; la larga y preciosa serie de tipos de mujer, ora las que expresan conceptos o estados psicológicos, *Una leona, Una loba*, ora las heroínas de la novela o del teatro, que constituyen brillante serie colorista en las páginas de las revistas ilustradas; en todo ello resaltan y se afirman aquellas cualidades que dan acabada cuenta de su temperamento. Hizo momentánea excursión al campo de la Historia para ilustrar con bellos dibujos la leyenda de Zorrilla *Las dos Rosas*, publicada en lujosa edición en 1901.

Plá ha cultivado también el retrato y, con más empeño, el género decorativo, realizando obras importantes, como son un techo en el palacio de S. A. R. la Serenísima Señora-Infanta D.^a Isabel y composiciones varias en los palacios de los Duques de Medinaceli, de los Marqueses de Valdelagrana y en el Casino de Madrid, donde le confiaron la conclusión de los maravillosos lienzos que Emilio Sala dejó sin acabar por haberle sorprendido la muerte.

Considerada en conjunto la copiosa producción de Cecilio Plá, se advierte la evolución de su paleta al compás de la del gusto pictórico. En sus primeros vuelos matritenses, la corrección académica parece que atempera la fogosa tendencia colorista del valenciano, que halla luego expansión cuando se ejercita en asuntos realistas. Manteníase en todo ello el temperamento y los rasgos filiales del representante de la pintura levantina. Pero, a todo esto, Plá faltaba desde hacía veinticinco años de su tierra natal, y cuando a ella volvió, y en la madurez de sus facultades, se sintió con inti-

mo júbilo en el ambiente que había despertado su vocación y formado su temperamento, y, cual hijo pródigo que vuelve en busca de las ternezas de su hogar, se anegó en brisas, en sol, en los incesantes cambios del mar; perseguir con afán los inagotables y siempre distintos efectos que la Naturaleza ofrece en la brava costa valenciana, ha sido, desde entonces, la obsesión de Plá, que, en sus estancias veraniegas en aquella playa, mancha con intensas y nerviosas pinceladas deliciosas notas de color, sensaciones vivas y encantadoras de la luz de fuego en nuestra costa griega y la luminosidad con que resaltan personas y cosas como palpitaciones de la alegría de vivir.

El mar es el eterno modelo que el artista incansable re-trata en cientos de tablas, cartones o lienzos. Diríase que en el afán de fijar en ellos los incesantes cambios del inquieto y versátil modelo, quisiera aprisionarlo, como en la Mitología se dice quiso Menelao sujetar a Proteo, que es la divina personificación helénica de la voluble naturaleza del mar y de su indómito oleaje, ora espantable y gigantesco, ora plácido y tranquilo, ora poderoso y tonificador, ora jugueteón y risueño.

Existe, a mi ver, una secreta relación entre el mar y la pintura colorista; y no sabría yo explicarme el fenómeno, aun sin pretender, por supuesto, indagar su ley o causa biológica, más que acudiendo a la Historia, la gran maestra de la vida, que nos enseña, cómo en el tejido de ésta se han dado y repetido las mismas fases en distintos tiempos. En la antigüedad, durante miles de años, bien lo sabéis, el Arte ha vivido en la ignorancia de que con el color solamente podía producirse el efecto de lo corpóreo en relación con la luz, señalando la gradación de ésta a la sombra por medio

del claroscuro. Para los egipcios y caldeoasirios, para los griegos, arcaicos y, aun para los clásicos contemporáneos de Fidias y de Polignoto, el gran dibujante de aquella edad de oro del Arte, el color era solamente un elemento secundario de exclusiva aplicación a la policromía de la Arquitectura, de la Escultura y del Dibujo, y digo del Dibujo porque a esto estuvo reducida la Pintura en aquellos pueblos y tiempos. Empleaban los colores en tintas lisas para simular los naturales de personas o cosas en los dibujos y en los bajo-relieves que, por su poco resalto, dibujos parecen. Pero el día, en el siglo IV, antes de Jesucristo, en que el pintor ateniense Apolodoro ideó dar la sensación del bulto por medio de la degradación de tintas, esto es, descubrió el claroscuro, ese es el día que la Pintura dejó de ser meramente Dibujo o elemento secundario, y fué un Arte independiente: el Arte del color.

Todavía, durante algún tiempo, el color, puesto al servicio del claroscuro, produjo obras en que no pocas veces las figuras, más que la sensación de la realidad, producen el efecto de copias de esculturas. Sin embargo, no por esto se ha de creer que no llegaron los antiguos a dar al color la importancia insospechada, la absoluta supremacía que, como credo de determinadas escuelas, la han dado los modernos. La antigüedad tuvo también sus coloristas. Fueron los pintores griegos de la escuela de Alejandría que, en tiempo de los Ptolomeos, y hasta en los días de los Emperadores romanos, produjeron los retratos admirables que se han descubierto en las sepulturas del cementerio del Fayum, en el Egipto medio.

Esos retratos, pintados, por lo general, a la cera, o sea a la encáustica, sobre tabla, algunas veces al temple, expuestos

en París no hace muchos años, produjeron general asombro, casi un escándalo. Porque de los griegos era conocido el perfecto dibujo de los vasos pintados y los frescos decorativos pompeyanos; pero pintura de aire, no ya moderno, sino modernista, con pasta de color que lo ha hecho todo, dibujo, modelado, claroscuro y, sobre todo, la nota vigorosa de la luz y de la vida, con pincelada intensa y franca, que revela ser la expresión de la verdad, esto no se sospechaba siquiera; y no sólo admiraron esas cabezas los arqueólogos, sino los artistas.

Meissonnier declaró en la Academia de Bellas Artes de París que no conocía pintura preferible a esa, por la expresión y la fiel reproducción del encanto del original.

Para encontrar otra escuela colorista en la sucesión de los tiempos, tenemos que llegar a los venecianos del Renacimiento, que en la historia de la Pintura son esos colosos del Arte que se llaman Ticiano, Tintoretto y Veronés, que señalan el triunfo del color con toda la magia de los efectos de luz y de claroscuro, de vida exuberante, en el magnífico espectáculo que la Naturaleza brinda.

Caso semejante a los dos citados es, en España y en la Pintura contemporánea, el de los valencianos. Y será casual si queréis, pero habréis de reconocer conmigo, sin fijaros para el caso más que en esos tres ejemplos, que esas tres escuelas, de tres épocas distintas de la historia de la Pintura, la escuela alejandrina, la escuela veneciana y la escuela valenciana, que son por excelencia las coloristas, se han producido ante la contemplación del mar. Pienso yo al propósito que ese proteico elemento, con su luz, con su ambiente y, sobre todo, con su movilidad y sucesión inesperada de efectos distintos, acaso la manifestación más grande y po-

derosa de la vida que palpita en el Universo, es factor esencial en esos casos históricos, y por eso cuando el espectáculo del mar, atrayente y sugestionador como ninguno, se da en costas que por su belleza lo realzan, tiene la virtud de avivar el sentimiento del color con fuerza tal, que se sobrepone a los demás elementos artísticos y hasta los sacrifica; aquellos efectos de color y de luz, que se suceden como en kaleidoscopio deslumbrador, dejan sin duda viva impresión en la retina y la educan para la percepción de tonos, matices, aspectos que solamente puede expresar el color, cuya exaltación por los artistas ha producido esas escuelas.

No se me tache de exclusivista por lo dicho; ¿cómo había de negar las excelencias de coloristas a pintores insignes, grandes maestros, que no se formaron a orillas del mar y acaso no lo contemplaron más que casual y fugazmente en su vida madura? No he hablado de artistas, sino de escuelas; y reconociendo lo que en el proceso del Arte representa la conquista del color, harto palpable aparece en todos los tiempos que las escuelas formadas en las comarcas centrales son las que han producido por medio del dibujo y sin excluir el color, antes bien, expresando con él a maravilla, el arte más clásico y ponderado en sus varios elementos.

Pero me ha inducido a hablaros del colorismo, y perdonad lo largo de la digresión, la coyuntura que al correr del pensamiento me ofrecía la circunstancia de ser Cecilio Plá tan significado representante de esa escuela y ser el tema de bastante interés para tratarlo aquí.

Pienso también que ese tema del colorismo valenciano ha adquirido mayor interés desde que no sólo por el influjo de aquella costa griega y aquel hermosísimo *mare nostrum*

sobre los que derrama su oro brillante el divino sol, sino por haber elegido aquel agua moviente, aquella brava tierra y aquella luz por tema predilecto de la pintura al aire libre, es por lo que ha llegado al mayor grado de intensidad el colorismo y con ello a la exaltación, si así puede decirse, del arte levantino, trasladando al lienzo la luminosidad del mar, las transparencias y los reflejos, el relieve y la viveza con que en aquel dorado ambiente resalta todo y la vida que todo ello respira.

En cuanto va dicho, acaso no se encierra más que una indicación vaga, de una fase, más lógica tal vez de lo que nos parece, de la historia del Arte, que, como la de todas las manifestaciones de la vida, sigue su natural desenvolvimiento con la oposición y sucesión de ideales, de gustos y de tendencias que repiten sin cesar en el tiempo el mismo proceso, con los mismos conflictos y antagonismos de escuelas, los mismos ensueños y triunfos y las mismas crisis y decadencias.

En esa lucha se formó Cecilio Plá, cuya ingénita bondad le alejó del fragor de las pasiones y le retuvo en la tranquilidad feliz del campo de trabajo, con la cual, al propio tiempo que labró la copiosa y valiosísima producción con que ha ganado su fama, se ha granjeado la simpatía y el afecto, que sólo aciertan a inspirarlo los hombres que como él revelan ser todo corazón. Esta noble cualidad, además de su mérito, es la que le han hecho tan querido de sus discípulos, algunos de los cuales son hoy pintores excelentes; ese amor altruista a la enseñanza es la que resalta en su opúsculo *Cartilla de arte pictórico*; y su afición constante al estudio y a la observación del natural, es lo que le ha hecho siempre mantenerse sereno ante las mismas sugerencias des-

lumbradoras de su querida costa levantina y de las pasiones y extravíos de los contendientes.

Tal es el artista ilustre, el maestro de juicio sano y prudente, el hombre estimabilísimo que hoy viene a formar parte de este alto tribunal. Con el afecto que merece, le decimos todos: bien venido seáis.

HE DICHO.



Campesina portuguesa

Propiedad de la Real Academia de Bellas
Artes de San Fernando.



Notas de color (Valencia)

Propiedad de la Real Academia de Bellas
Artes de San Fernando.



Notas de color (Valencia)

Propiedad de la Real Academia de Bellas
Artes de San Fernando.

